

D/15666

19204



AÑO 1º

MADRID 16 DE ENERO DE 1881.

Nº 3

DIRECTOR.
VICENTE COLORADO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
36 MONTERA 36

DIBUJANTE
FELIX BADILLO.

18 JUN. 1973



JOSÉ MORENO NIETO

SUMARIO.

DON JOSÉ MORENO NIETO, por E. Gomez Ortiz.—A MIS PADRES, poesía inédita de J. Fastenrath.—ESTADO INTELECTUAL DE INGLATERRA EN 1685, por Macaulay, traduccion de M. Juderías Bänder.—DICHAS QUE VUELAN, por V. Colorado.—TARDES DE OTOÑO, por C. Groizard Coronado.—LA RADIOFONÍA, por J. Rodriguez Mourello.—ESTUDIOS SOBRE EL QUIJOTE, por el Académico de Argamasilla.—VARIEDADES.

MORENO NIETO.

(SEMBLANZA.)

Cuenta Plutarco, el sublime colorista de la antigüedad, cuyo pincel vivificador resucitará un tiempo los héroes de Grecia y Roma, y que hoy admiramos, visitando nuestra lectura las páginas de *Las Vidas Paralelas*, que guardan y exponen como en galería de innumerables cuadros los retratos de aquéllos; cuenta, digo, que así como los historiadores que en describir países de que no tienen conocimiento se ocupan, suprimen éstos en el mapa, poniendo en sus extremos la advertencia de que en adelante no hay sino arenales y mar cuajado, así él, habiendo de escribir vidas comparadas, en las que se tocan tiempos que la historia no alcanza, previene que cuanto omite en ellas es porque entra en lo fabuloso y desconocido.

A este modo, y por ser pincel tosco la pluma que inexperta mano dirige, y muy ocultos de la imaginación los rasgos característicos que dieran relieve al retrato literario del Sr. Moreno Nieto, he de advertir que cuanto de él omite traspasa siempre los límites del aplauso vulgar y corriente y penetra en las regiones del éxito extraordinario tan sólo á nuestros hombres eminentes concedido.

Fuera tan imposible que la fama hubiera hecho sonar el nombre de Cervantes celebrando tan sólo el haber luchado en Lepanto, sin recordar su obra sublime, como el ocuparnos de Moreno Nieto sin considerarle orador ilustre.

Durante esas horas de la noche que vosotros dedicais al recreo y solaz del ánimo; cuando la habitual pereza española deja correr muellamente el veloz trascurso del tiempo, hallareis, allá bajo el prosaico techo del Ateneo, en un ángulo, el más apartado de su biblioteca, sobre una silla é inclinado el busto del cuerpo cerca del borde de una larga mesa en que un libro abierto muestra sus páginas, al orador elocuentísimo que há tiempo preside á aquella asociacion. Sí: Moreno Nieto pertenece en cuerpo y alma al Ateneo. Su elocuencia ha nacido allí, nutriendo su impresionable espíritu con todas las verdades de la filosofía y de la ciencia, familiarizándose con aquellos volúmenes y con todas las ideas que ocultan al profano; allí se ha formado el sabio tras penosas vigiliass, el erudito despues de eterna constancia y el orador recogiendo su espíritu en meditacion trabajosa.

Yo he visto con respetuosa simpatía en Moreno Nieto ese instante sublime que el genio sufre para ser fecundo en sus obras, crítico momento en el que la inspiracion baja como lengua de fuego á besar el alma de su víctima, inundándola de brillantísima luz y sumiéndola como en un sopor divino; conjuncion maravillosa que termina en la meditacion. Yo he visto en él las precursoras señales que la denuncian: pálido el rostro, inquieta y vaga la mirada, como temerosa sin duda de los objetos que en su derredor se destacan; yo he contemplado en él más tarde las actitudes que la manifiestan en el apogeo, el soñador aspecto de la fisonomía, los ojos velados como por sueño profundísimo; como el frio mármol de la estatua, inmóvil y sin expresion; sombrío como rodeado de espesa niebla; lánguido é inerte, en fin, como si el soplo de la vida se hubiera ausentado á inexploradas regiones, abandonando por instantes breves el cuerpo que le aprisionaba.

Pero muy semejante el exterior y engañoso aspecto de la meditacion á aquellas fantásticas creaciones que forjara la imaginacion del Oriente pintando encantados palacios que, si por defuera tristes y sombríos, eran alegres y riquísimos por dentro; parecida tambien á aquella misteriosa caja que describe Shakespeare que tosca y por oscuro cobre adornada de fuera, encerraba dentro la hermosura de Porcia, oculta asimismo aquella una esplendente y agitada vida cuya explosion escribe la Apocalipsis ó produce á Thales, registrando inmóvil los secretos del cielo.

Sufriendo este Jordan sublime es como nacen los elocuentísimos discursos del Sr. Moreno Nieto rebosantes de erudicion y pródigos de belleza.

**

Mas no es su elocuencia la del foro, que encadena con habilidad, pero sin brillo, consideraciones vulgares; no es, la de palabra segura y reflexiva, que sólo á la razon despierta é impresiona; tampoco, la del formidable atleta, cuya voz sonora le sirve como á la tempestad el viento, que agita y encrespa las aguas de los mares, á tiempo que la plomiza nube descarga con rugiente trueno el rayo mortífero; es, sí, la del corazon, que cual plácido arroyo serpea unas veces, murmurando con el ruido de su corriente tranquila ininteligibles ritmos á las florecillas del campo que se inclinan, como saludándole, pero que otras, cuando el paisaje cambia, y la naturaleza abre al paso de aquél ancho y profundo surco, cuando el precipicio se interpone, entónces se despeña bifurcado en líquidas y colgantes trenzas, que al levantar con el estrépito de la caída sutiles gasas, descomponense á los rayos del sol en arcos celestes de variadas luces.

Oratoria que á la de Moreno Nieto se parezca, tan cercana del corazon como lo está la suya, es difícil estudiarla en otro.

Todas las variaciones de la pasion, que sólo una palabra facilísima puede seguir, las tiene.

**

Habréisle visto en el Ateneo, en el Congreso ó en cualquiera de las Sociedades Científicas y Literarias á que vuestra presencia acuda, pues para todas es pródiga su atencion; le habreis contemplado en la tribuna. En el principio de su discurso notareéis que todas las facciones de su rostro, como el trabajo de su alma, convergen sin distraccion en un solo punto; parece, que le han arrebatado de un éxtasis profundo. Su frase, siempre selecta y escogida, comienza en breve suspiro; la actitud es inmóvil. A poco, su espaciosa frente, que velada por imperceptible sombra parecia, destácase serena; la mirada ántes incierta, dirígese al cielo; precipítanse en su boca las palabras, cual si detenidas por la meditacion y el silencio hubieran formado un núcleo que pugna y se atropella dando alcance á los pensamientos, y construyendo magníficos y brillantes períodos; más tarde, la facilidad aumenta, ¡qué prodigio tan incomprendible!... El auditorio, en su emocion primera, no explica que haya un orador, que siendo tan breve y precipitado en la frase, pueda pensar más deprisa que habla, pero así es; luégo el tono de la voz recibe el primer destello de la inspiracion que llega al orador, como impalpable nube tachonada de orientales riquezas; la inflexion de los períodos; los brazos levantados, moviéndose en las direcciones que el pensamiento y la palabra señalan; las imágenes entrecruzándose como breves destellos en el espacio, y por fin, difundida el alma en su rostro, como la luz sobre un busto, tomando por expresion su ideal, aparece iluminada de elocuencia su fisonomía, á tiempo que el anhelante auditorio, tras la postrera frase, interrumpe su silencio con atronadores aplausos.

Este es el orador: sabio, es aún más grande; el hombre, es el prototipo de la simpatía.

E. GOMEZ ORTIZ.

Á MIS PADRES

CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE LA CATEDRAL
DE COLONIA (1).

(INÉDITA.)

¡Patria! nuevo sol de gloria
en tu seno se levanta
que ennoblece y agiganta
los blasones de tu historia.
Si en una y otra victoria
el génio pudo encumbrarte,
más timbres logra brindarte
ahora que espléndido brilla
el gran templo, maravilla
de tu opulencia y del arte.

Cual sello de alta nobleza
la última piedra caía:
¿quién de tan solemne día
olvidar puede la alteza?
Génio, poder y belleza
entusiastas acudieron;
pueblo y príncipes se unieron
en un sentimiento mismo,
y con santo patriotismo
al par á Dios bendijeron.

Repitió el viento los sonos
de cien vibrantes campanas,
y las selvas comarcanas
el fragor de cien cañones.
Del Preste las oraciones,
que á las bóvedas subían,
«¡á Dios dad gracias!» decían,
y ecos pausados y graves
por las dilatadas naves
«¡gracias, gracias!» repetían.

Catedral, místico emblema
del furor de mis mayores,
que unes inmortales flores
á tu celestial diadema,
ya puedes, cual sacro lema,
decir á la Edad futura
que responde á la fe pura
del siglo que te dió asiento
el piadoso sentimiento
de la moderna cultura.

Prez del Imperio germano
y su más digno estandarte,
en tí miró al saludarte
nuestro invicto soberano;
de su benéfico hermano
halló cumplido el anhelo,
y alzando la vista al cielo,
al evocar su memoria,
«Por tí, dijo, santa gloria
hoy alcanza nuestro suelo.»

Al vivo afán de su muerte
respondió sonoro el himno:
él escuchólo, y benigno
descubrió su noble frente.
Todos su ejemplo elocuente
enternecidos siguieron;
gracias mil á Dios rindieron,
y en constantes emociones
el nombre en sus oraciones
de ambos monarcas unieron.

¡Horas de dulce alegría
y celestial bienandanza!
Superas á la esperanza,
la realidad conseguía.
Dichosa tú, lira mía,
en tan solemne momento,
si fiel á mi pensamiento
mision tan grata cumpliste
é interpretar conseguiste
el popular sentimiento.

Mas ¡ah! recuerdo sombrío
anubló mis ilusiones:
¡faltaban dos corazones
que respondieran al mío!
Mis padres... ¡Dolor impío!...
Amarga ley de la vida;
no hay venturanza cumplida:
es la dicha transitoria,
y bajo el lauro de gloria
oculto el pesar se anida.

Ahora que la nueva palma
que alcanzó el arte germano
ambiciona al pueblo hispano
hacer patente mi alma:
padres, sediento de calma
á vuestro sepulcro llevo:
acoged mi amante ruego,
y haced que más meritoria
pueda aparecer la historia
que hoy á la amistad entrego.

Dejadme que en ella escriba
que, cual talisman sagrado,
vuestro nombre venerado
mis sentimientos aviva;
y hoy que á mi patria adoptiva
ofrendas del alma llevo,
dichoso diré de nuevo:
«Nación que al bueno ennobleces,
»si algún galardón me ofreces
»sólo á mis padres lo debo.»

JUAN FASTENRATH.

Colonia 5 de Enero de 1881.

ESTADO INTELECTUAL DE INGLATERRA

EN 1685 (1.)

V.

(CONTINUACION.)

No es difícil hallar la explicación de lo que decimos; pues como á extravagante austeridad había sucedido naturalmente licencia extravagante, produjo ésta sus efectos propios, siendo uno de los primeros y más graves la degradación moral é intelectual del bello sexo, á quien se antojaba por tanto muy galán que los hombres celebrasen las prendas de su hermosura en términos impúdicos y groseros. Y así, en efecto, sucedía, pues raras veces al deseo y admiración que les inspiraban iban unidas muestras de respeto, de verdadero amor, ni de caballerosidad siquiera; que las cualidades propias de la esposa digna, honrada, honesta y buena consejera, y de la discreta y fiel amiga eran repulsivas ántes que simpáticas á los libertinos de Whitehall; como que las jóvenes aristocráticas de la corte que sabían realzar sus encantos vistiéndose con descocada coquetería, y miraban con significativo atrevimiento, y danzaban con volupuosidad, y decían palabras impropias de su estado, y se permitían bromas por extremo libres con

(1) Dedicatoria del vi tomo de *La Walhalla*.

(1) Véanse los números 1.º y 2.º del corriente mes.

los gentiles-hombres de S. M. y los oficiales de la Guardia Real en las antecámaras de Palacio, y cantaban versos equívocos con inequívoca expresión, y se disfrazaban de pajes en las máscaras para lucir mejor sus formas, estaban más ciertas de merecer acatamiento del monarca y de hallar marido noble y hacendado que hubieran podido estarlo Juana Grey ó Lucia Hutchinson. Muy bajo estaba, como queda expuesto, el nivel intelectual de las mujeres en aquellas circunstancias; pero tanto más agradables parecían á los hombres cuanto eran más ignorantes y frívolas, pues celebraban y estimaban la ignorancia por mérito y calificaban de pedantería intolerable la instrucción. Por tal modo muy pocas mujeres célebres de aquel tiempo, cuyo retrato admiramos todavía en Hampton-Court, leían otra cosa que traducciones del *Gran Ciro* y de la *Clelia* ó acrósticos y epigramas.

VI.

Ménos sólidos y profundos que lo fueron en tiempos anteriores y posteriores á la época de que tratamos parece haber sido entonces los conocimientos literarios aun entre los claros varones de aquella generación; pues relativamente al grado de prosperidad que alcanzó en Inglaterra el estudio del griego ántes de la guerra civil y mucho despues de la Revolución estuvo en relativa decadencia bajo Carlos II. Pero, si bien no faltaban eruditos familiarizados con la literatura helénica, fuerza era buscarlos y sólo se hallaban, con muy contadas excepciones, en el clero universitario; mas, sobre ser pocos en número, aun en las aulas carecían de crédito y prestigio. Y como en Cambridge no se creía necesario que los teólogos pudieran leer los evangelios en el texto original, y Oxford estaba en este punto casi al nivel académico de Cambridge, aconteció, siendo rey de la Gran Bretaña Guillermo III, que al defender unánimes las aulas de *Christ-Church* la exactitud y autenticidad de las epístolas de Phalaris, con gozar á la sazón tan célebre colegio fama de ser asiento principal de la ciencia filosófica en el país, no pudo hacer alarde siquiera del caudal de conocimientos en lengua griega que reúnen al presente muchos discípulos de las universidades inglesas. Fácil es suponer que si se hallaban estos estudios tan postergados en las escuelas principales, no los cultivarían mucho tampoco las personas ilustradas, y que si en tiempos anteriores la poesía y la elocuencia griega hicieron las delicias de Falkland y de Raleigh, y en época posterior las de Fox, Windham, Pitt y Grenville, durante la última parte del siglo XVII apenas hubo en todo el país hombre de Estado de alguna importancia que pudiera esparcir su ánimo leyendo á Sófocles ó á Platon.

En cambio, como aún conservaba mucho crédito la lengua latina, y en gran parte de Europa viajeros y diplomáticos habían menester de ella imprescindiblemente, hablarla bien era entonces cosa más usual que ahora, y por tanto, ni Oxford, ni Cambridge carecían de poetas capaces de hacer en ciertas solemnidades de la monarquía imitaciones felicísimas de los versos que Ovidio y Virgilio consagraron á enaltecer y celebrar la majestad de Augusto.

VII.

Sin embargo, comenzaba ya por aquel tiempo á decaer la lengua del Lacio con hallarse tan extendida y acreditada en Inglaterra, cediendo á la francesa, su joven rival, debido sin duda esto al formidable desarrollo que iban adquiriendo todos los ramos del saber y de los conocimientos humanos entre los súbditos de Luis XIV. En efecto, hallábase la Francia, entonces, en el apogeo de la superioridad y la grandeza, siendo incomparable su gloria militar, pues había vencido temibles coaliciones, impuesto la paz, sometido ciudades populosas y provincias dilatadas, humillado á los príncipes italianos y recabado de los españoles la precedencia. Pero si en este orden de cosas era su rango tan principal, en todo

aquello que caía debajo de la jurisdicción de la elegancia y el buen gusto ejercía omnímodo imperio, como que sus decretos se acataban y cumplían sumisamente por todas las personas cultas y bien nacidas, lo propio en materias de duelo que de *menuet*; de corte de chalecos que de casacas; de tamaño, forma y rizado de pelucas que de altura de tacones ó de anchura de cintas y lazadas. Tampoco cedía la dictadura literaria ciertamente á la militar, política y modista, en cuyo ejercicio se hallaban los franceses, porque la fama de sus grandes poetas y prosistas llenaba la Europa. ¿Qué nación si no podía entonces oponer á Racine, Molière, la Fontaine ó Bossuet rivales dignos en sus géneros respectivos? Ninguna desde que se inició la decadencia de Italia y España, y desaparecieron sus ingenios tan famosos, sin que aún hubieran despuntado en Alemania verdaderos fulgores literarios. Y el brillo de la Francia era tanto mayor cuanto que sus claros varones lucían en medio de la oscuridad relativa que los rodeaba, ejerciendo por todas estas causas imperio más absoluto sobre la especie humana que logró alcanzarlo en sus mejores días la república de Roma; pues si mientras Roma predominaba políticamente, no pasaba de ser en literatura humilísima discípula de Atenas, la Francia reunía, respecto de las naciones vecinas, al ascendiente que Roma tuvo sobre la Grecia el que la Grecia tuvo sobre Roma. Y como la lengua francesa iba tornándose con rapidez en lengua de las clases más elevadas de la sociedad y de la diplomacia, y había córtés en las cuales príncipes y magnates la empleaban con mejor acierto que no la suya propia, sucedió que, aun cuando los ingleses no fueran tan serviles imitadores de la moda, tal vez por ser instintivo en ellos resistir las novedades del continente y amar con exceso la originalidad en todo, rindieron tambien tributo á la supremacía literaria de sus vecinos, por más que parecieran hacerlo mal de su grado y que lo hicieran en realidad torpe y toscamente. Cayó con esto en desuso el dulce y melodioso toscano tan familiar á los palaciegos y damas de la corte de Isabel, y mientras los caballeros que citaban á Horacio ó á Terencio en la buena sociedad eran reputados de pedantes é indigestos eruditos, salpicar la conversacion de palabras y frases francesas constituía la mejor probanza de talento y aptitud literaria y filosófica. Bien será decir, no obstante, que por efecto acaso de las nuevas reglas de crítica y de los nuevos modelos impuestos por la moda desapareció de la poesía inglesa la fingida ingenuidad que tan mal efecto hacía en los versos de Donne, y de la cual no se vió del todo libre Cowley tampoco, tornándose la prosa más clara, fácil y ocasionada que no ántes á la controversia y á la narracion, y ménos majestuosa, grave, artísticamente ligada, sonora y agradable que la de tiempos anteriores; siendo esta influencia de los preceptos franceses tan decisiva entre los poetas y prosistas de Inglaterra, que hasta sus grandes maestros en el arte difícil de bien decir hacían alarde singularísimo de palabras propias de la lengua de sus vecinos, y desdeñaban para expresar las mismas ideas otras nacionales y tan expresivas y melodiosas por lo ménos. Entonces importaron de Francia los literatos ingleses la tragedia en verso rimado; planta exótica que no logró alcanzar desarrollo alguno en la nueva tierra y que tardó poco en marchitarse y morir.

VIII.

Mejor habria sido que los escritores ingleses hubieran igualmente imitado el decoro que observaban, con muy contadas excepciones, sus grandes contemporáneos franceses; porque la licencia de las comedias, sátiras, poesías y novelas de aquel tiempo constituye una mancha indeleble y vergonzosa en la literatura británica. Pero no es difícil remontarse á los orígenes del mal. Porque como los ingenios literarios y los puritanos nunca estuvieron acordes, ni hubo jamás corrientes de simpatía entre unos y otros y apreciaron siempre la vida humana de diverso modo, aquello que constituía

la felicidad de los unos hacía el tormento de los otros, y mientras los juegos más inocentes de la imaginación se antojaban crímenes á los rigoristas, la solemnidad de los piadosos hermanos en Jesucristo suministraba en cambio abundantísimo asunto de burlas á los caracteres ligeros.

Desde la Reforma hasta la guerra civil casi todos los escritores dotados de algun espíritu burlesco aprovecharon cuantas ocasiones se les ofrecieron de atacar á los santos de pelo liso, gangosos y llorones que tomaban los nombres de bautismo de sus hijos del libro de Nehemías y que reputaban por impiedad notoria comer *plum porridge* el día de Navidad. Pero llegó al fin un día en que los burlones se tornaron serios, porque los toscos y rígidos devotos, despues de haber servido de tema á la chacota de dos generaciones, se levantaron en armas, pelearon bizarramente, alcanzaron una tras otra señaladas victorias, empuñaron las riendas del Gobierno y hollaron bajo su planta la muchedumbre de los satíricos, devolviendo entónces con la implacable, serena y adusta malicia, propia de los mogigatos místicos que toman su odio por virtud, centuplicados los golpes que recibieron otro tiempo de la gente alegre; y para mejor conseguir su propósito cerraron los teatros, azotaron los cómicos, pusieron la prensa bajo la vigilancia de austeros censores, ahuyentaron las musas de Cambridge y de Oxford, sus asilos favoritos, y privaron de sus oficios universitarios á Cowley, Crashaw y Cleveland, quedando reducido el jóven candidato á los honores académicos, á no escribir epístolas á la manera de Ovidio ni pastorales al estilo de Virgilio, sino á ser interrogado severamente por un sínodo de tetricos supralapsarios acerca del día y de la hora en que sintió verificarse dentro de sí mismo su segundo nacimiento. Este sistema fué por necesidad muy fértil en hipocresías de todo género, y así aconteció que, bajo las apariencias de grande ascetismo religioso, de trajes, modales, costumbres y palabras de modestia y compostura extraordinarias, se ocultaron durante largos años invencibles deseos de libertinaje y de venganza. Mas cuando la Restauracion emancipó las almas del yugo que se les hacía insoportable y que, por ende, quedaron satisfechos los deseos, volvió á comenzar la guerra de otro tiempo con nuevos bríos, y animosidad y encono incontrastables, pudiendo decirse que no fué de burlas como la primera, sino sangrienta y mortal; que los *motilones* (1) no podían prometerse más compasion de aquellos á quienes persiguieron de la que deba esperar el negrero de los esclavos que se levantan contra él cuando todavía llevan en las espaldas las huellas sangrientas de su látigo.

Tornóse con esto la guerra entre la literatura y el puritanismo, en guerra entre la literatura y la moral, y excitándose la hostilidad con grotescas caricaturas de la virtud, no perdonó ni á la virtud misma, siendo, por tanto, insultado y escarnecido cuanto respetaron los beatos *motilones*, y alabado cuanto proscribieron; y porque mostraron escrúpulos pueriles, todo escrúpulo se antojó ridículo; y porque cubrieron sus flaquezas y debilidades con el manto de la devocion, hasta de los vicios más escandalosos se hizo cínico alarde; y por que castigaron de una manera inexorable y bárbara el amor ilícito, la pureza de la mujer y la felicidad conyugal dieron pretexto á burlas soeces y chanzas indignas; y porque los puritanos empleaban hipócrita jerga en sus pláticas, otra no ménos absurda y más repugnante le reemplazó en boca de los contrarios, y fué que, como aquéllos hacian los mayores esfuerzos por hablar el lenguaje de las Escrituras sagradas, ellos los hicieron á su vez para proferir obscenidades, blasfemias y maldiciones á cada momento.

No debe, pues, parecer extraño que al despuntar de nuevo nuestra literatura con la restauracion del antiguo

(1) No hallamos mejor modo de traducir la palabra *round-head* (cabeza redonda) con que designaron á los puritanos los caballeros, en razon á traer raído el pelo, al contrario de los nobles, que lo usaban largo. — (N. del T.)

régimen político y religioso se ofreciese á la vista de todos llena de inmoralidad. Ciertamente es que algunos hombres eminentes que pertenecían á otra época mejor se hallaban exentos y libres del contagio, que los versos de Waller se inspiraban en las nobles aspiraciones que animaron á una generacion más caballeresca; que Cowley, tan distinguido poeta como acendrado realista, elevó animosamente su voz contra la inmoralidad que deshonoraba juntamente la literatura y la monarquía; que un poeta de más poderosa inspiracion que los anteriores, martirizado al propio tiempo de los sufrimientos, la pobreza, el peligro, el desprecio de las gentes y la ceguera, meditaba, sin dejarse turbar del obsceno tumulto que hacía la muchedumbre á su alrededor, un canto de tanta hermosura y santidad que hubiera podido brotar de los labios mismos de las etéreas virtudes que vió con los ojos del espíritu arrojar sobre las baldosas de mármol sus coronas de oro y de amaranto; y que el vigoroso y fértil ingenio de Butler si no libró completamente de la plaga, adoleció apenas de sus efectos; pero como estos hombres se habian educado en el seno de una sociedad que ya no existía, tardaron poco en ceder el puesto á la nueva generacion de autores, cuyos rasgos característicos, desde Dryden hasta Duffey, fueron la licencia, la inmoralidad, el cinismo y la fanfarronería, y todo ello sin apariencias siquiera de elegancia ni asomos de buenos sentimientos. Pero con ser muy nocivo el influjo que llegaron á ejercer estos autores en las costumbres de la época, no lo fué tanto como pudo haberlo sido á presentar más veladas las muestras de su depravacion; que sirvieron la pócima tan torpe y groseramente que muy luégo rechazó con asco el público la copa. Ni tampoco debía suceder de otra suerte, pues ninguno de aquellos escritores conocia el arte de asociar las imágenes del placer ilícito con los sentimientos elevados y nobles, ni sabía que hasta la misma voluptuosidad há menester para serlo de cierto decoro; que los ropajes pueden agradar más que la desnudez, y que más fuertemente se impresiona y excita la imaginacion por medio de tonos y de veladuras que la saquen fuera de sí, haciéndola vagar, que merced á groseras descripciones de realismo brutal que la dejen pasiva.

(Se continuará.)

MACAULAY.

Traducción de M. JUDERÍAS BÉNDER.

DICHAS QUE VUELAN.

SONETO.

Te ví y te amé. — Pasaste tan hermosa
que bastó verte para amarte luégo;
¿quién es? á no sé quién pregunté ciego,
y álguien dijo en tu elogio alguna cosa.
Te confesé mi amor, y tú, amorosa,
cediste al fin á mi impaciente ruego;
pero ¡ay! apenas al amor me entregó
la ilusion del amor huye engañosa.
No sepas, no, por qué sin conocerte
te amé con tal pasion, y conseguido
todo tu amor me oculto por no verte.
¡Oh, tentacion y encanto del sentido,
cuerpo sin alma, corazon inerte,
mi desgracia es haberte conocido!

V. COLORADO.

¡TARDES DE OTOÑO!

Aquellos pasados días de la florida primavera, con sus auras cargadas de savias regeneradoras y de enloquecedores perfumes, con sus pléoras de luces, sus arroyos murmuradores y sus canoras aves, que en la

floresta umbría celebraron las bodas esplendorosas de la madre naturaleza, podrán ser bellos é inspirar ideas de amor y de ventura; inspirarán no ménos las noches del estío, con su tibio ambiente, en que palpitan besos de amor que queman, abrazos que ahogan, melodías misteriosas que seducen, miradas hondas y encendidas que brillan un punto en el espacio y se disipan en la atmósfera, como las ilusiones se pierden en las sombras de la vida; mas ¡ay! nada que llegue más á lo profundo del alma, que conmueva el espíritu más dulcemente, que despierte en el corazón sus más hondos afectos, sus más dormidas ilusiones, que haga con su savia poderosa reverdecer y brotar de nuevo á la vida en florecencia brillante los más delicados perfumes del alma, que estas melancólicas tardes del otoño, con sus campos solitarios que amarillean y mueren, sus brumas en el horizonte, sus nubes en el espacio, sus bandadas de emigrantes golondrinas en los aires, sus hojas secas y sus flores pálidas y marchitas que helaron los cierzos precursores del achacoso invierno.

Nada, en verdad, más melancólico y triste, más apasionado y dulce que estas horas crepusculares,

En que al sentir deshecha la corona
resplandeciente que á su sien ceñía,
naturaleza entona
con acento inefable su elegía!

¡Ah! sí, todo muere; la cóncava campana lanza sus gemidos de dolor desde la alta torre; espesas brumas se deslizan por los prados cual fantásticas creaciones; pálida, desencajada y lúgubre la floresta, ántes lozana y umbría, pregona ya su desdicha, y flaca, macilenta, retuerce sus nervudos brazos con trágica desesperación, viendo volar sus más preciadas galas en brazos del cierzo mugidor; allá van amarillas, secas, destrozadas las recortadas hojas de sus ramas, que prestaron un día abrigo y sombra á los pajarillos, frescura y encantos al amor, á aumentar el polvo que cubre los despojos de la muerte.

En el espacio vibran sólo lúgubres armonías, cadencias misteriosas, que parecen acompañar danza funeraria. Oyense en el bosque los chasquidos de los árboles que se desgajan y vienen al suelo faltos de savia y de vida; en los prados crujen hojas y ramas que tritura al pasar el viento; murmura más ronco sobre la ladera el río que serpea y salta, caudaloso y risueño, buscando el blando lecho de los valles; allá, en el horizonte, cae pausado entre brumas el sol de la tarde, y en el espacio lanzan su adiós de despedida las emigrantes golondrinas, haciendo dúo al grito agudo del buho agorero, que agita sus alas sobre la cruz del alto campanario.

Todo muere, sí; todo se acaba; el instante fatal es este; la vida de la Naturaleza llega á su ocaso, como el sol que nos alumbra en este día; su último aliento brota del postrimer rayo de luz del sol poniente, vibra en aquel suspiro, que envuelve todo el perfume de la primavera, todo el amor del verano, todo el esplendor y toda la belleza de la pasada existencia.

Mas estas horas de muerte, esas luces vagas y misteriosas, esas armonías melancólicas y tristes, provocan en el espíritu reaccion vivificante y enérgica. Ellas prestaron los poéticos tintes de sus horas vespertinas á las mágicas plumas de Rousseau y Chateaubriand, Lamartine y Goethe, Musset y George Sand; de ellas robaron sus delicadas y tristes armonías las lirás melancólicas de Byron y de Heine. En sus océanos de luz poniente tomaron forma y alientos las pálidas figuras de Werther y Obermann, Fausto y Manfredo, Lelia y René, como en la movable línea del horizonte que cierra el mar brotan las nubes viajeras, que vierten su fértil llanto sobre las exhaustas fuentes de los ríos, y á cuyas brumas da formas fantásticas la imaginación doliente.

El alma, esencia infinita, en mísero barro encerrada, al ver hundirse en la nada la esplendorosa Naturaleza y en horizonte de púrpura y oro el majestuoso sol, agita

anhelante sus alas, cual ave que, prisionera en los hierros de su cárcel, ve surcar los raudales de luz que pueblan los espacios con rumbo á las ansiadas playas de la dicha, las alegres caravanas de sus libres compañeras. ¡Ay! sí, es en estas horas cuando en el alma brotan, á la par que las ansias de la inmortalidad, las ideas y los afectos más inmutables y eternos. Es aquella la luz que penetra en los más hondos misterios del alma, la que en el seno de las más grandes miserias y en el fondo de los mayores tormentos, sabe hallar los más brillantes raudales que alumbran los más inconcebibles deseos y las más irrealizables venturas que sirven de consuelo al atribulado espíritu. Es aquella la hora en que en las delicadas cuerdas de la lira misteriosa que el Dios de las alturas emplazó en nuestro pecho, preludian sus más sentidas armonías los ángeles del cielo, y cuyas misteriosas vibraciones, difundidas por los aires, recuerdan al hombre su divino origen, el ósculo eterno de amor que Dios imprimió en su alma al darle vida y alientos. Es el instante en que en el alma se enciende con más viva luz esa brillante nebulosa que alumbra las regiones del arte. Es entonces cuando el ideal flota sobre el espíritu como las brumas sobre el horizonte, cuando brota la inspiración, cuando el alma, en fin, después de recoger en su seno los últimos rayos de luz, los últimos suspiros de las flores, los átomos todos que de los seres se desprenden, la vida que late en las entrañas de la creación que espira, rebosa en el espacio é inunda con su aliento, animándolos de nuevo, los cuadros de la naturaleza muerta y caduca.

También es entonces cuando vibra más intenso el recuerdo de nuestra pasada dicha, y cuando brotan del corazón los más hondos afectos. Como enjambre de abejas enfurecidas, sobre él acuden los recuerdos á libar hasta las heces de su repleto cáliz el néctar de la melancolía, el jugo dulce y amargo que da energía y fuerzas á esos sentimientos, que son placer y dolor á un propio tiempo, que no tienen palabra adecuada en nuestra lengua, como la tienen en la cadenciosa eúscara y en la suave lusitana.

En lo más profundo de mi alma siento su latido, su punzada aguda y penetrante. Allí están inquietos y anhelantes; estas tardes de otoño los hicieron volver á la vida, les prestaron fuerzas y alientos y reverdecen y exhalan su embriagador perfume: ¡son, ay, las *sau- dades* tristes del triste corazón!

CÁRLOS GROIZARD CORONADO.

LA RADIOFONÍA.

Nadie ignora los magníficos estudios de Graham Bell, cuyo interés teórico toca á las más interesantes cuestiones que en la física actualmente se debaten, y cuyo interés práctico dió ya felicísimo resultado en los ensayos practicados, para transmitir el sonido por medio de la luz con aparato tan sencillo y de tanto porvenir como el *fonógrafo*.

El principio en que este aparato se funda es el siguiente: toda radiación de cualquiera especie, la radiación solar, por ejemplo, cuando se interrumpe periódicamente, produce sonidos, al incidir sobre cuerpos tallados en forma de láminas delgadas, á cuyo fenómeno ha llamado Mr. Mercadier *radiofonía*.

Trátase ahora de aplicar este fenómeno á la telegrafía óptica, de tal manera que se establezcan series de intermitencias luminosas convencionales, que en la estación receptora se traduzcan por sonidos ó signos del sistema Morse.

Solamente al enunciar esta idea, se comprende la trascendencia de la aplicación deseada, que permitiría comunicaciones telegráficas á grandes distancias sin otro conductor ni aparato que un rayo de luz. Mas

para llegar á su realizacion, es preciso ántes estudiar la naturaleza y condiciones de la vibracion sonora causada por la luz, á fin de poder determinar las condiciones prácticas del sistema.

Merece notarse, como lo más saliente y capital, que, segun parece, la radiofonía no es efecto producido por la masa de la lámina receptora vibrando transversalmente en conjunto, segun las leyes generales que la acústica señala en las vibraciones de las láminas metálicas. Pruébese esto citando el hecho de la produccion, por la placa á que la luz afecta, de todos los sonidos con la misma igualdad, sean graves ó agudos, llegando estos últimos en los experimentos de Mercadier hasta 600 y 700 dobles vibraciones por segundo, que fueron reproducidas sin solucion alguna de continuidad; además, son reproducibles todos los acordes en todos los tonos posibles, que varían con sólo cambiar la velocidad del aparato productor de las intermitencias luminosas.

Ni la longitud, ni el espesor de las láminas influyen en el tono y timbre de los sonidos producidos, como, en general, tampoco cambia la intensidad del sonido que se produce sean los que quieran el espesor y longitud de las láminas, sobre todo si son transparentes. Experimentando con el vidrio y con la mica, obsérvese, en el vidrio especialmente, que la intensidad del sonido es sensiblemente la misma para los espesores de 0^m,5, 0^m,02 y 0^m,03, lo cual ha permitido el empleo de láminas de un centímetro de espesor, sobre todo de turmalina. Nótase, en las láminas opacas, que la intensidad del sonido es tanto mayor, cuanto más delgadas son; láminas de cobre, de aluminio, de platino, y especialmente de zinc de $\frac{1}{70}$ de milímetro de espesor, dan muy buenos resultados, y producen los mismos efectos aunque estén rajadas ó hendidas.

La naturaleza y constitucion de las placas receptoras no influye en los sonidos que por la accion de la luz producen; así es que á igualdad de espesor y superficie, el sonido producido es siempre el mismo, cualquiera que sea la naturaleza y constitucion especial de la lámina vibrante. Disminuyendo el espesor gradualmente, las diferencias específicas que existen entre los modos de producir el fenómeno del sonido cada placa disminuyen, sobre todo si la superficie vibrante se hace idéntica por medio de una película de negro de humo.

Resultan los sonidos radiofónicos de acciones directas de las radiaciones sobre las placas, porque se disminuye el efecto acústico, disminuyendo, por medio de diafragmas de abertura variable, la cantidad de radiaciones recibidas. Los sonidos producidos por la luz son resultado principal de accion sobre la superficie de las placas receptoras, porque la intensidad de los sonidos y sus demás condiciones dependen mucho de la naturaleza de tal superficie. Toda causa que disminuye su poder reflector, aumentando el poder absorbente, influye en el fenómeno; así es que las superficies oxidadas y sin pulimento son las más convenientes para la produccion de los fenómenos de radiofonía.

La intensidad de los sonidos producidos por la luz se aumenta de modo muy considerable, cubriendo las superficies con sustancias negras, sobre todo con negro de humo, á condicion siempre que el espesor de las láminas haya de ser muy pequeño; por esto los más notables efectos se obtienen con placas de espesores de una y dos décimas de milímetro.

El género especialísimo de los hechos apuntados merece fijar la atencion de todo el mundo, porque significan adelanto muy grande en el conocimiento de esos curiosos fenómenos que Graham Bell empezó á dar á conocer en su fonógrafo, que tienden quizá á descubrir la ley mecánica de los fenómenos luminosos, y que por de pronto nos han permitido determinar el sonido de los colores.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

ESTUDIOS SOBRE EL QUIJOTE.

I.

Hemos oido asegurar á muchas personas, y en letras de molde corre escrito, que los defectos y faltas de lenguaje que en las ediciones del *Quijote* se encuentran, provienen de la antigüedad de la obra, de lo anticuado del lenguaje ó bien de ciertos descuidos que su propio autor cometió al escribirla. Nada ménos cierto. Los barbarismos que se van á citar, no son patrimonio exclusivo de ninguna época; no son ni pueden ser efecto del lenguaje anticuado, habiendo sido escrito el *Quijote* en el período más grande de nuestra literatura; ni mucho ménos descuidos de quien tan perfectamente supo manejar el habla castellana. Son tantos y tales los barbarismos y despropósitos que á Cervantes se atribuyen en las ediciones de su obra, que hacen perder la brújula en multitud de períodos, al lector más sagaz y discreto, sin saber, ni aun por conjetura, lo que su autor quiere decir; y á tantos y tan grandes disparates no alcanza el alicuando *bonus dormitat Homerus*, panacea universal de todos los errores y despropósitos que no tienen explicacion alguna.

Hé aquí las pruebas:

Dice el texto de *Don Quijote*: *Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer; y así llevó á su casa cuanto pudo haber de ellos; y de todos ningunos le parecían tan buenos como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas intrincadas razones suyas le parecían de perlas; y más cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos (¿?), donde en muchas partes hallaba escrito: la razon de la sinrazon, que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece que con razon me quejo de la vuestra fermosura etc.*

CARTAS DE DESAFÍOS dicen la Academia y todas las ediciones; AMORÍOS el Sr. Hartzenbusch en la edicion de Argamasilla, y DESVARIOS el mismo á propuesta de don Cayetano Rosell.

Estas tres variantes son tres desatinos casi tan grandes como los de Feliciano de Silva. Barajan los tres comentadores á *Don Quijote*, como aquellos tres extremeños barajaban la lengua castellana:

—*Jiando yo el otro día...*

—*No es jiando, que es fuendo; ¿no es verdad señor notario?*

—*Ni jiando, ni fuendo; indo.*

El Sr. Hartzenbusch corrigió á la Academia y á todas las ediciones que venian poniendo *desafíos* y puso *amoríos*. Rota la valla, tocó la vez al Sr. Rosell y puso *desvaríos*. Pues no señor, no es nada de eso.

Enlazóse con la *t* de la palabra *desatinos* el rasgo superior de una *l* del reglon siguiente, y como la *t* y la *f* tienen rasgo transversal, la ilusion de que era *f* se hizo tan grande en el original, que dió al traste con la inteligencia del cajista, y con la sagacidad del corrector; y de todo resultó hacer decir un desatino á Cervantes y por ende mil á sus comentadores; *desats* (desatinos) eran y no *desafíos*, *amoríos*, ni *desvaríos*, las razones que leía D. Quijote en los libros de Feliciano de Silva y que le hacian perder el juicio por desentrañarles el sentido, que no se lo sacara el mismo Aristóteles si resucitara para solo ello; y no *cartas*, sino *sartas*, como por otra nueva equivocacion se escribe en todas las ediciones.

EL ACADÉMICO DE ARGAMASILLA.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET.

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.